HACIA UN ATLAS COLECTIVO.* Por Ana Longoni

Una buena nueva: Iconoclasistas, uno de los grupos más destacados y activos dentro del activismo artístico surgido en las últimas décadas, cuya eclosión ha reformulado no solo los modos de hacer política sino también los del entender la práctica artística, acaba de publicar su primer libro.

El grupo, o más propiamente el dúo, surgido en 2006, está integrado por Pablo Ares, artista gráfico y partícipe del Grupo de Arte Callejero en los 90 y 2000, y por Julia Risler, comunicadora, docente e investigadora de la Universidad de Buenos Aires.

Desde 2008 , Iconoclasistas viene siendo convocado para realizar decenas de talleres de mapeo colectivo y mostrar sus producciones gráficas en casi toda América Latina, Europa e incluso más allá, trabajando con grupos de vecinos o estudiantes secundarios, historiadores, geógrafos, médicos, diseñadores o arquitectos, activistas de diversos movimientos sociales, organizaciones indígenas o instituciones académicas. Muchos participantes impulsaron luego nuevos talleres que multiplicaron los ejercicios cartográficos colectivos sobre las realidades más diversas y complejas: desde la situación de un barrio cordobés poblado por una nutrida comunidad de inmigrantes de países limítrofes y afectado por problemas de salud asociados a la presencia de metales pesados, hasta la red de huertas comunitarias en Berlín, desde los trayectos cotidianos de alumnos de un colegio secundario en Montevideo, hasta un extenso trabajo con la historia de los movimientos sociales y ambientalistas del Perú.

Resultantes de esa vasta práctica, han surgido dispositivos gráficos como “La república de los cirujas”, un acercamiento cartográfico al trabajo y la vida cotidiana de las personas que viven en (y de) el mayor basurero o –usando el eufemismo oficial- “relleno sanitario” del país, situado en las

inmediaciones del camino del Buen Ayre, o “La Carteloneta”, producida con las vecinas de la Barceloneta para denunciar que el plan de instalar ascensores en el barrio implicaba un primer escalón del desalojo de los viejos pobladores en pos de la especulación inmobiliaria y la gentrificación.

El grupo sostiene a la vez una notable circulación en el mundo del arte. Su capacidad de moverse dentro y fuera de ese circuito puede leerse como una respuesta en acto a la pregunta acerca de si lo que hacen es arte o es política. Entienden y practican la producción artística como una herramienta para incidir en la transformación política. El ámbito artístico les provee de recursos, les permite ocupar espacios de visibilidad tales como exposiciones, congresos o bienales, los apoya y premia (por ejemplo, en 2012 el Mapeo Colectivo ganó el premio de la Bienal Iberoamericana de Diseño en la sección “Diseño Gráfico y Comunicación Audiovisual”) , todas circunstancias que aprovechan para interpelar nuevos públicos y generar nuevos “artistas mapeadores” como ellos.

Mapeo de agit-pop

La práctica cartográfica colectiva que impulsa Iconoclasistas se propone como una herramienta para volver visibles los problemas más acuciantes de un territorio y sus efectos sobre la cotidianidad de quienes lo pueblan. Pero el ejercicio cartográfico no solo señala penurias: también sirve para conectar y poner en relación las iniciativas y organizaciones que se proponen resistir y transformar un estado de situación, volver un espacio más habitable y menos hostil.

El libro incluye una conversación de Iconoclasistas y el Colectivo Tinta Limón, que asume la forma de once sintéticas tesis que se proyectan a lo que urge ser mapeado: agro-negocios, mega-extractivismo, economía-narco, bandas armadas. Las nuevas formas de conflictividad social, violencia y disputa territorial que sacuden América Latina definen “un campo de batalla radicalmente no tradicional” que necesitamos vislumbrar y pensar. También las tesis señalan el

riesgo de que las cartografías puedan servir para la “contrainsurgencia”, es decir, provean datos y evidencien tramas de relación al poder. Aún así, rescatan ante todo la capacidad de herramientas como el mapeo colectivo –entre otras, claro está- para encarar la transformación de nuestras complejas realidades. “Mapear-interpretar-transformar se vuelve una tarea simultánea y siempre en movimiento”, en la medida en que articula una inteligencia colectiva que de otra manera no aparece articulada.

“Más que de mapas, es mejor hablar de mapear, del mapeo como actividad”, sostiene el libro. Por ello, no se detiene en exhibir los mapas, sino en describir cómo hacer mapas por venir. El atlas colectivo no está contenido en este libro distante de cualquier lujo. El atlas está fuera de él, en sus efectos potenciales y esperanzadas aspiraciones.

No se trata de llegar a mapas definitivos sino de ejercitar el mapeo, como continuo inacabado: “El mapeo es un medio, no un fin”. La actividad de mapear implica un proceso subjetivo de representar gráficamente un territorio, tenga la escala que tenga (un continente, un país, una ciudad, un barrio, una calle, una casa, un cuerpo, nuestro cuerpo). Mirar, narrar, revisar nuestros trayectos cotidianos, las marcas que portamos, todo eso que ha quedado invisible de tan naturalizado que nos resulta, y de golpe asume nueva luz al entrecruzarse con la mirada y la experiencias de otros.

Un instruccionario

Desde su nombre, el libro se propone como un manual: no reniega de su aspiración de ser recurso pedagógico. Su condición “manual” también alude a lo artesanal o hecho con las manos, sin más que tijera, lápiz y fotocopias: estos mapas no son elaboraciones especializadas, sino registros sensibles y creativos de cómo experimentamos –cualquiera de nosotros- un territorio.

Este manual quiere desatar prácticas e instruye para ello, transmite un conocimiento acumulado para liberarlo e incitar a otros a multiplicar sus propios ejercicios de mapeo. Socializar, con pelos y señales una experiencia, para que sus impulsores o "facilitadores" no resulten imprescindibles. Un saber teórico pero nada hermético; un saber práctico, preciso y concreto. El manual es un libro que no se ensimisma ni se basta a sí mismo, sino que se desborda y solo se completa en sus derivas. Un dispositivo de acción que incluye consejos para organizar un encuentro de mapeo: cómo disponer el espacio, el tiempo, qué materiales son más baratos, cómo preparar y usar los íconos, qué ejercicios lúdicos proponer para iniciar la dinámica de trabajo, cómo visibilizar los resultados y dar proyección futura a la experiencia.

Así, el libro quiere contribuir a socializar una herramienta de organización colectiva, para la creación de prácticas colaborativas de resistencia y transformación. Durante la primera presentación del libro en la sede de la FM La Tribu, los Iconoclasistas contaron que les llegan cotidianamente más propuestas e invitaciones para hacer talleres de mapeo que las que pueden humanamente realizar. De ese límite surgió la idea del manual: el libro como vocero propagador de una caja de herramientas disponibles para la reapropiación y el uso por quien quiera retomarlo. De hecho, esa función ya la viene cumpliendo –en otro formato- la página web iconoclasistas.net, que es un amplio reservorio online de recursos, experiencias y producciones de libre circulación, e invita explícitamente a los usuarios a reapropiarse de las herramientas, difundirlas y crear las propias.

Así como el lector es implicado como potencial incitador de nuevas cartografías, el *Manual de mapeo colectivo* (que se consigue en varias librerías cuyo listado pueden consultarse en la-periferica.com.ar) es generoso en reconocer -desde la larga lista de agradecimientos con los que se abre- una trama de complicidades con personas y colectivos de muchas partes del mundo, en lo que los autores definen como un "increíble proceso de construcción y colaboración" que los implica. Una bitácora o cuaderno de viaje de prácticas colectivas de transformación. De las que viene y a las que va.

Ana Longoni

*Reseña sobre el libro *Manual de Mapeo Colectivo*, Tinta Limón, Buenos Aires, 2013. Escrita por Ana Longoni para la revista Ñ, publicada en la edición del sábado 22 de febrero de 2014.